

Seminario Ambientación a la Universidad

PRÓLOGO

La mayoría de los adolescentes se sienten muy inseguros cuando tienen que explicar algo e incluso aceptan su incapacidad. Esto no es bueno. Hay que darse cuenta de que redactar correctamente —lo cual no es un indicio de sensibilidad literaria— es ante todo un problema «técnico» y que debe resolverse a tiempo para que no se convierta en un problema psicológico.

JOSEP M. ESPINAS

La vida moderna exige un completo dominio de la escritura. ¿Quién puede sobrevivir en este mundo tecnificado, burocrático, competitivo, alfabetizado y altamente instruido, si no sabe redactar instancias, cartas o exámenes? La escritura está arraigando, poco a poco, en la mayor parte de la actividad humana moderna. Desde aprender cualquier oficio, hasta cumplir los deberes fiscales o participar en la vida cívica de la comunidad, cualquier hecho requiere cumplimentar impresos, enviar solicitudes, plasmar la opinión por escrito o elaborar un informe. Todavía más: el trabajo de muchas personas (maestros, periodistas, funcionarios, economistas, abogados, etc.) gira totalmente o en parte en torno a documentación escrita.

En este contexto escribir significa mucho más que conocer el abecedario, saber «juntar letras» o firmar el documento de identidad. Quiere decir ser capaz de expresar información de forma coherente y correcta para que la entiendan otras personas. Significa poder elaborar:

- un currículum personal,
- una carta para el periódico (una/dos hojas) que contenga la opinión sobre temas como el tráfico rodado, la ecología o la xenofobia,
- un resumen de 150 palabras de un capítulo de un libro,
- una tarjeta para un obsequio,
- un informe para pedir una subvención,
- una queja en un libro de reclamaciones,
- etc.

En ningún caso se trata de una tarea simple. En los textos más complejos (como un informe económico, un proyecto educativo y una ley o una sentencia judicial), escribir se convierte en una tarea tan ardua como construir una casa, llevar la contabilidad de una empresa o diseñar una coreografía.

La formación que hemos recibido los autores de estos textos es bastante escasa. La escuela obligatoria y el instituto ofrecen unos rudimentos esenciales de gramática que no pueden cubrir de ninguna manera las complejas y variadas necesidades de la vida

moderna. Más allá, sólo los estudios especializados de periodismo, traducción o magisterio contienen, y de forma más bien limitada, alguna asignatura suelta de redacción. Incluso los escritores potenciales de literatura creativa tienen que conformarse estudiando filología (que enseña más a leer que a escribir) porque no hay equivalente de las Bellas Artes o del Conservatorio de Música en el campo de las letras.

¿Y el resto de las personas que desempeñamos nuestra profesión con la escritura? ¿Y los ciudadanos que tenemos que ejercer los derechos y deberes sociales? ¿Los abogados, psicólogos, ingenieros, físicos, políticos, etc., que escribimos en nuestro trabajo, dónde y cómo aprendemos a hacerlo al nivel que se nos exige? Terminamos por formarnos exclusivamente en nuestra profesión, en nuestra área específica de conocimiento, y permanecemos indefensos ante un papel en blanco. Si no nos las ingeniamos por nuestra cuenta, nos quedamos para siempre con las cuatro reglas escolares de ortografía.

En algunos casos esta carencia llega a comprometer el ejercicio profesional. Forma y fondo se interrelacionan de tal manera que los defectos de redacción dilapidan el contenido. ¿Cuántas veces has tenido que esforzarte para entender la letra pequeña de un contrato o de una ley, que se supone que deberíamos comprender con facilidad? ¿No te has encontrado nunca discutiendo el significado de ambigüedades no premeditadas en un documento? ¿Te has enfrentado alguna vez a artículos de reputados especialistas que, por la impericia de su prosa, resultan indigestos e incluso difíciles de comprender?

En general, la formación en escritura que la mayoría de los usuarios poseemos es fragmentaria, o incluso bastante pobre. Lo prueba la larga lista de prejuicios de todo tipo que nos estorban. Muchas personas creen que los escritores nacen; que no se puede aprender a redactar; que no hay técnica ni oficio en la escritura y que, por lo tanto, no se puede enseñar ni aprender de la misma manera que un aprendiz de carpintero aprende a montar armarios. La escasa preceptiva que pueda conocerse se envuelve en una aureola de secretismo. Se acuñan y aplauden expresiones opacas como estar inspirado o tener mucha maña. Incluso la palabra escritor/a sugiere un misterio y un prestigio inmerecidos y se utiliza en un sentido muy distinto al de sus equivalentes lector o hablador: cualquier persona puede ser un lector, un hablador, pero... ¿a quién nos referimos cuando decimos de alguien que es escritor?

En estas circunstancias, el libro que tienes en las manos pretende ayudar a las personas que tengan que escribir. La cocina de la escritura es un manual para aprender a redactar. Un buen plato de pato a la naranja conlleva horas de trabajo y la sabiduría de toda una tradición culinaria. Del mismo modo, una carta, un cuento o un informe técnico esconden el intenso trabajo del autor y una larga preceptiva sobre comunicación impresa.

Autores trajinamos ante el papel como un chef en la cocina: limpiamos la vianda de las ideas y la sazonomos con un poco de pimienta retórica, sofreímos las frases y las adornamos con tipografía variada.

Me gustaría que este libro fuera una cocina abierta para todos los aprendices de escritura. Escritores: ¡Ven! ¡Entra! ¡No te quedes en el comedor! Entra en la cocina a ver cómo los autores preparan sus escritos. Podrás ver cómo buscan y encuentran las ideas, de qué forma las estructuran, cómo tiene que ser la prosa para que sea sabrosa, y cómo se adorna un escrito. Aprenderás a ser más eficaz, claro o encantador con la pluma, a conseguir mejor tu propósito y, al mismo tiempo, a agradar al lector.

No encontrarás nada de gramática ni de ortografía. Mi cocina sólo utiliza productos comestibles. Trata del más allá, de lo que hay detrás de barbarismos o faltas de ortografía. Tampoco encontrarás recetas como las de los formularios de correspondencia comercial o de los manuales escolares que explican las partes de una carta o de un comentario de texto. No busques modelos o ejemplos para solucionar urgencias de última hora. Mi cocina expone los rudimentos elementales de la escritura, válidos para todo tipo de textos y ámbitos. Puede ser provechosa tanto para escolares como para profesionales, periodistas, científicos, técnicos, o para ciudadanos a quienes les guste leer y escribir. Si algún ámbito deja de lado, éste es sin duda la literatura. Como un payaso de circo que hace reír y llorar, poetas y novelistas tienen derecho a subvertir cualquier regla del escenario y a disfrazarse como mejor les plazca.

El menú es variado. Empieza con una lección magistral sobre las investigaciones más importantes en redacción, se expone la doctrina fundamental sobre la palabra, la frase, el párrafo, la puntuación, etc.; se muestran las operaciones básicas de pre-escribir, escribir y reescribir. También se hace un repaso al equipo mínimo del autor y se presentan poderosas razones para aprovechar el instrumento epistémico de la escritura en beneficio personal. Aparte de mostrar la técnica de la letra, me gustaría animar a mis lectores a escribir, a divertirse y a pasarlo bien escribiendo. Reivindicaré el uso activo de la escritura para el ocio, para divertirse, para aprender, para pensar, para matar el tiempo siempre sin pretensiones literarias.

La composición de los platos depara algunas filigranas: hay exposiciones doctas, disecciones de borradores, comentarios, consejos, curiosidades. Se incluyen muestras aleccionadoras de maestros (Ferrater, Bernhard...), o esa columna anónima que tanto nos gusta, y la carta contundente de una amiga, etc. Puesto que el cocinero debe saber degustar manjares delicados, me gustaría educar a nuestros paladares de lectores y escritores para poder distinguir las prosas finas de las insulsas.

Para lectores incrédulos, he aderezado las explicaciones con más de un centenar de ejemplos de diversa procedencia: prensa, libros, redacciones de alumnos, etc. (identificados en la bibliografía). Para los amantes de las novelas policíacas, hay sorpresas escondidas. Como un mago con el sombrero lleno de palomas, he camuflado todo tipo de trucos y juegos entre la prosa. ¡Atención! Intentaré pillarte desprevenido. Prepárate para llevarte algunas sorpresas. Me gustaría haber escrito un libro divertido. Quisiera que la ciencia y la diversión se dieran la mano desde ahora hasta el final.

En cambio, a los lectores más impacientes, los tentaré con ejercicios estilísticos (siempre con soluciones). ¡Espero que te animes a hacer tus propios pinitos! Ahora bien, ya lo sabes, como en cualquier restaurante: puedes leer siguiendo el orden lógico de los capítulos o, si lo prefieres, escoger a la carta según tus preferencias.

Llevo más de ocho años preparando esta cocina. Mi anterior libro, *Describir el escribir*, ya pretendía ser, al principio, un curso práctico de redacción con fundamentos teóricos, pero esta última parte creció como una planta tropical devorando lo que le rodea.

Desde entonces me he dedicado a enseñar redacción a aprendices de todo tipo, desde amas de casa hasta universitarios, maestros, secretarios o economistas. He elaborado ejercicios, he corregido textos, me he documentado con manuales de variada procedencia, he buscado la manera más idónea de explicar cada tema, etc. La cocina es el resultado de esta experiencia enriquecedora.

En los primeros cursillos que impartí, me ilusionaba tanto enseñar lo que había aprendido que actuaba como un predicador en el pulpito. Pretendía que mis fieles aprendices escribieran como yo lo hacía, siguiendo las mismas técnicas, adoptando el mismo estilo. ¡Vana fantasía! Pronto me di cuenta de que estaba equivocado. El estilo y el método es al autor, como el carácter a la persona: todos somos distintos — ¡afortunadamente! —. Alguien despreocupado puede redactar de manera anárquica o impulsiva; otro puede proceder con orden cartesiano, más propio de un talante meticuloso; pero ambos pueden producir excelentes textos.

Hay tantas maneras de escribir como escritores. No se pueden dar recetas válidas para todos, sino que cada uno debe adaptar los patrones a sus propias medidas. Cada uno tiene que desarrollar su propia técnica de escritura. Por ello he pretendido que esta cocina sea una gran exposición de recursos, trucos, tendencias y procedimientos de redacción. ¿Te animas a entrar en ella? ¡Se parece a un supermercado retórico o lingüístico! Contempla las herramientas expuestas y escoge las que más te gusten.

Y nada más. La comida está servida. El cocinero se lo ha pasado bien preparando el festín y no desfallece. ¡Te ofrezco mis mejores deseos para el banquete que empieza! ¡Que aproveche!